

¿COMUNICACION O TECNOLOGIA EDUCATIVA?

Apuntes para una diferenciación

Delia María Crovi Druetta

Desde que los modernos medios tecnológicos irrumpieron en el campo de la educación, muchos hablaron de los profundos cambios que la escuela tradicional iba a experimentar.

Algunos, hasta se atrevieron a pronosticar la cercanía de su fin.

Sin embargo, desde aquellos días ya ha pasado bastante tiempo y los tan anunciados cambios aún no se producen, al menos con la intensidad con que se esperaba.

Y la verdad sea dicha, no podemos declarar que sean precisamente los medios (o toda la tecnología que ellos implican como infraestructura), los que han fracasado. Todo lo contrario. En campos como programas de desarrollo, educación no formal o informal, pero más exactamente en lo que se refiere a la manipulación y dependencia orientada hacia el consumo, han demostrado ser altamente eficaces. Las pruebas están a la vista y ya se ha hablado mucho sobre eso.

Filminas, retroproyectors, proyectores de cuerpos opacos, radio, televisión, cine, audiovisual, cassettes, grabadoras, videocassetteras se aunaron en un sólo gran mito: el de la tecnología educativa.

Pero, pese a los aparatos, el aula de clases seguía igual en sus problemas de fondo.

Tiza y pizarra —ante el nuevo mito— comenzaron a parecer anacrónicos. El diálogo parecía tener que iniciarse a partir de una pantalla... de una voz grabada...

Y esto no es casual, ni podemos achacárselo a la escuela... No fue sólo en el campo de la educación en donde se elevó la tecnología a la categoría de mito.

*Artículo publicado en la **Revista Acción y Reflexión Educativa**, núm. 8 ICASE-OEA-Universidad de Panamá, Panamá, mayo de 1982, pp. 105-113.

Históricamente, las cosas estaban cambiando. Los planes, conceptos, ideas sobre el desarrollo partían de la tecnología y tenían a ésta como meta.

Un país desarrollado o en vías de serlo, era aquél que invertía todos sus esfuerzos en la meta de la tecnología, panacea milagrosa que llevaría a mayor productividad, mejores productos, mejor ecuación entre costo-beneficio.

Y la educación también cayó: tecnología para responder a las crecientes demandas.

Con más fuerza que en otros campos, los nuevos conceptos exigieron de ella más y más: especialización, niveles elevados de educación, adecuación ajustada a la producción... y una población que seguía creciendo.

Más jóvenes necesitaban estudiar, el proceso productivo se los demandaba, un título, un certificado, podría ser la llave mágica que abriera las puertas de la vida laboral.

En esta vorágine de metas y necesidades, los términos comenzaron a confundirse y muchas cosas se fueron olvidando.

En medio, la tecnología se convertía en la gran tentación...

Entonces fue igual —o casi igual— decir: comunicación educativa, medios audiovisuales aplicados a la enseñanza, tecnología educativa, tecnología pedagógica, etcétera.

Y, ciertamente, no es la misma cosa.

Debajo del proceso enseñanza-aprendizaje subyace, insoslayable, otro proceso vital; pero también hay diferenciaciones y son muchas.

El problema no reside tanto en decidir a qué llamaremos tecnología educativa, sino en precisar dentro de qué proceso está inmersa; para qué, cuándo y dónde la usaremos.

En cuanto a qué llamaremos tecnología educativa, podríamos convenir ya que será "el conjunto de medios técnicos que apoyan o pueden formar parte del proceso de enseñanza-aprendizaje".

O decir, "adelantos de la tecnología al servicio del proceso de enseñanza-aprendizaje". Hay quienes llevan estas definiciones hasta la planeación, organización y administración de la tarea educativa, negando así la posibilidad de quedarse en lo técnico, pero haciendo entonces que esta tarea se conciba como técnica, y eso no podemos aceptarlo.

Los medios técnicos pertenecen a una realidad social y son parte de la historia, de los modos de producción, de la historia general de la educación. Y son sólo una parte porque, lejos de esta realidad social, pierden su sentido.

Y creo que allí está el punto. Las modificaciones que introdujeron en la educación no han sido de la magnitud esperada, porque siempre se les

ha empleado como apoyo el proceso tradicional, sin transformar el fondo, la base sobre la cual se mueven, que es la enseñanza.

Con esto no queremos decir que será la tecnología la que venga a modificar la enseñanza-aprendizaje, sino justamente lo contrario.

Ella debe ser parte de un proceso activo de cambio. Debe ayudar a que en medio de cintas magnetofónicas, cables, electricidad, no se pierda el retorno, la réplica... que las grandes masas silenciosas no se queden —otra vez— sin voz, en la base de la pirámide.

Si queremos que nos sirva para el cambio, para la movilización, tenemos, a fuerza, que incluirla dentro de un proceso mayor, más abarcador (como ya dijimos), que es del proceso de comunicación. Y es éste un proceso que estará presente siempre que haya educación.

Pero veamos dentro de cuáles márgenes se mueve nuestra idea, sobre lo que debe ser la comunicación. Tradicionalmente, se la ha definido como "poner en común", o "transmisión de un mensaje entre un emisor y un receptor".

Gráficamente, este esquema fue representado horizontalmente. E-M-R Emisor - Mensaje - Receptor; con ciertas variantes que pueden incluir un canal, un medio, o más recientemente, un líder de opinión.

Esta representación gráfica que —reitero— siempre fue horizontal, debió haber sido vertical, porque siempre ha existido un emisor especializado (llámesele periodista, comunicólogo, maestro, profesor, gobernante, líder de opinión, extensionista, etcétera), que desde una posición superior, privilegiada, emite sus mensajes, dejando poco o ningún margen para el retorno. Sí, porque a nivel teórico, este esquema se completa con un supuesto retorno o retroalimentación, originado en el receptor y dirigido al emisor.

La tecnología educativa comenzó a verse como la salida a las demandas educacionales crecientes de América Latina, en especial en lo que hace a sistemas abiertos y a distancia, educación no formal o alfabetización. Básicamente retomaba el esquema horizontal que estaba vigente —por otra parte— en las relaciones sociales: gobierno-gobernante; maestro-alumno; comunicólogo-audiencia; extensionista-campesino.

Pero la cosa no es así. La tecnología educativa debe formar parte de un proceso mayor, que es el de educación-comunicación, no suspendido de una teoría, sino inmerso en una realidad.

¿Y cómo se entiende este proceso de comunicación no vertical, participativo, inmerso en la realidad?, podemos definir la comunicación como: "El proceso de producción-recepción de complejos efectos de sentido (y no sólo de información), a partir del lugar que los interlocutores ocupan en la trama de las relaciones sociales y en función del horizonte ideológico-cultural de que son portadores, en virtud de su situación o posición de clase".

Hay en este concepto varios aspectos que merecen ser destacados:

1. Habla de producción de complejos efectos de sentido y su recepción y no sólo de información.
2. Menciona el lugar que los interlocutores ocupan en las relaciones sociales.
3. Y finalmente, se refiere a un horizonte ideológico-cultural que portan los interlocutores, en virtud de su situación o posición de clase.

Analícemos punto por punto

1. Al rechazar la sola información, para proponer la producción-recepción de complejos efectos de sentido, se está rechazando la corriente teórica norteamericana que concibe a la comunicación como flujo de información.

El esquema de Lasswell (quién dice qué, a quién, con qué efectos), ejemplifica con claridad esta corriente y muestra cómo se des-socializa el acto de comunicación, transformándolo en un proceso intersubjetivo.

Por otra parte, la eficacia social de este tipo de comunicación se mide por los efectos o la manipulación que el mensaje pueda lograr. En cambio, una comunicación que parte de la "producción-recepción de complejos efectos de sentido", dentro de una sociedad diferenciada, nos está hablando de una interpelación que se ejerce sobre el receptor (alumno, público, receptor, pueblo), obligándolo a la respuesta, ya sea crítica o de aceptación.

2. El concepto de comunicación que estamos proponiendo nos dice que los interlocutores ocupan un lugar en las relaciones sociales. No supone relaciones interpersonales, sino interlocutores que ocupan posiciones y poseen situaciones de clase específicas, dentro de la sociedad. O sea, que no son entes aislados que hablan por sí mismos, sino que al hacerlo, representan los intereses materiales y simbólicos de su clase o grupo de referencia.

Esta es una sociedad de clases, una sociedad desigual; por lo tanto, la comunicación que se da en ella es también desigual, marcada por las condiciones de producción.

Dentro del aparato en que se encuentran los interlocutores —escuela, medios de comunicación—, los lugares que ocupan son intercambiables. Es decir, que no son exclusivos para sus personas; son lugares, posiciones sociales que pueden ser ocupados por distintas personas, sin que la ideología del aparato se vea afectada.

3. Finalmente, el concepto de comunicación que estamos manejando se refiere a un horizonte ideológico-cultural que portan los interlocutores, en virtud de su situación o posición de clase. Esto no es más que un código común de clase, que remite a un horizonte ideológico-cultural compartido.

Aquí convendría recordar a Eliseo Verón, cuando habla del "doble discurso de la clase dominante": uno dirigido a su propia clase (la prensa "seria", la cultura y los valores oficialmente aceptados) y otro, dirigido a las clases subalternas, a las masas (prensa amarilla, folklore, en su versión narcotizante). Cada clase posee su horizonte ideológico-cultural común y también su código. En el área de la educación, muchas veces estos procesos de discursos dobles sufren un proceso que podría ser exactamente el opuesto: a través de la centralización de los programas, la unificación de los currículos hace que haya un desfase cultural, o al menos una superposición de códigos que lleva a la anomia. En los medios masivos, como lo aclara Verón, hay un doble discurso, pero todas las clases lo comparten, con lo que los sectores subalternos comienzan a aceptar e impugnar al mismo tiempo la versión oficial de la cultura. En la escuela cabría preguntarse si no se produce el mismo fenómeno, pero por la existencia de un sólo horizonte ideológico-cultural: el oficial.

El análisis hasta aquí realizado nos permite afirmar que la comunicación no es un acto libre, sino que es un acto condicionado por las situaciones y la realidad social.

Cambiar las condiciones en que se produce, implica poder otorgar la posibilidad de impugnar, de interpelar el código cultural e ideológico impuesto y legitimado desde las esferas dominantes.

Para reforzar aún más el puente que estamos construyendo entre comunicación-educación y tecnología educativa, podemos todavía traer, acercar, tres temas de absoluta actualidad:

- * El nuevo orden informativo internacional.
- * La dependencia.
- * La búsqueda de una tecnología adecuada a los países en proceso de desarrollo.

El primero, obviamente se liga con el segundo, aunque la informativa sea sólo una de las caras del complicado prisma que configura la dependencia.

La lucha por lograr este "derecho a la información" no es más que el intento por romper la verticalidad que también a nivel internacional se da en materia de comunicación.

Y esto a la escuela le importa mucho porque ha llegado el momento de esa vieja clasificación que se hacía del contenido de los medios: "programas informativos", "programas culturales" y "programas de entretenimiento". Tal división no existe; como la dependencia, son caras de un mismo proceso: el de la formación del horizonte ideológico cultural.

Así como en el salón de clases y en un sistema abierto de enseñanza estamos empeñados en romper con la información de una sola vía, para

instaurar la comunicación horizontal y participativa real, con derecho a la impugnación, a nivel internacional se busca el retorno, la interpelación, la información sobre nuestras propias realidades y nuestras propias culturas.

El segundo tema, el de la "dependencia", tienen varios matices, si lo relacionamos con educación y tecnología. Además de lo cultural está lo económico y también lo tecnológico.

Hay dependencia a culturas externas a las nuestras, hay dependencia económica en la división internacional del trabajo y con ello, en los programas que establece la escuela para acoplarse a esta división, hay dependencia en la transferencia de tecnología.

Además, y como hombres, como individuos, sufrimos dependencia en el proceso educativo, en dos niveles: individual y social.

Individual, porque una comunicación —educación que fomenta la pasividad, que obligue al silencio negando la posibilidad contestataria, está creando individuos dependientes de un orden establecido (el del silencio), dependientes de una cultura oficial y desposeídos, desplazados de su propio horizonte cultural.

En el plano social, la dependencia educativa —y no vamos siquiera a mencionar presupuesto, instituciones extranjeras con generosas y condicionadas donaciones; intelectuales "formados" en otras realidades, reside en la fragmentación de la cultura.

Los medios de comunicación no están creando la tan famosa como desconocida "cultura de masa", sino que están parcializando la realidad, a través de informaciones fragmentarias, limitadas y descontextualizadas.

La escuela hace lo suyo. Sus programas responden más a procesos de producción impuestos desde fuera, que a las necesidades nacionales y más específicamente, de la realidad en que vive el educando. Y lo peor es que su adaptación es lenta y a la postre resulta anacrónica, de tal suerte que se coloca a la retaguardia de los cambios y cuando el alumno sale a la realidad, no puede desenvolverse en ella.

Tanto la escuela, en sus versiones formal, no formal o abierta, como los medios de comunicación, parecen pertenecer más al mundo de la fantasía que al de la realidad, cuando se los confronta.

Hablar aquí tan brevemente de la dependencia educativa, puede resultar tan fragmentario y parcializado, como las escuelas que estamos criticando. Estos son problemas que no pueden dejar de mencionarse, pero sobre todo, no pueden dejar de investigarse profundamente.

Una cosa sí es clara: la dependencia existe, y como maestros, como comunicólogos, como profesionistas, debemos buscar y emplear los mecanismos que nos lleven a eliminarla.

Un cambio profundo en la educación, a través de una verdadera comunicación, puede ser uno de los caminos que debemos recorrer.

Pero aún nos queda un tema de actualidad e importancia para las transformaciones que proponemos: el de la tecnología adecuada.

También ella está relacionada con la dependencia. Ya lo mencionamos. Y hasta tal punto que, algunos estudiosos de la "tecnología educativa" parten del supuesto de la "transferencia", o sea, parten de la dependencia misma, porque en esos términos lo plantean. En realidad, no podemos con esto negar de un plumazo la existencia universal de los adelantos tecnológicos y levantando la bandera de la no dependencia, ignorarlos; pero tampoco podemos partir de ellos, como si nuestras propias capacidades no existieran.

Cuando propusimos este tercer tema de actualidad, no lo hicimos como "tecnología intermedia", como se le llamó o aún se le llama en algunos lugares.

Tampoco, al referirnos a sus equivalentes en el área de comunicación, vamos a hacerlo en términos de comunicación intermedia o alternativa.

Hablamos de lo adecuado, y no es sólo una diferencia terminológica.

Si planteamos la cosa desde lo intermedio o alternativo, estamos partiendo de una proposición diferencial, y lo que es peor, desventajosa.

Es cierto que los medios de comunicación, la escuela, y en general los aparatos ideológicos están en manos de las clases dominantes y como tales, ellas les imponen su voz. . . Esto no justifica que partamos desde lo alternativo, sino que nos obliga a comenzar desde lo adecuado.

¿Y qué significa esto?

La comunicación de por sí, sola, tal vez no nos explique nada. Pero la tratamos interdisciplinariamente si descubrimos los factores que intervienen: interrelaciones sociales, dependencia, modos de producción. . . y además descubrimos su ideología, podremos explicarnos muchas cosas.

Cada pueblo, cada lugar, posee su universo de representaciones simbólicas y materiales; se expresa de un modo particular. Y estas representaciones, estas expresiones emanan de su realidad: modo de producción, horizonte cultural, ideología, topografía (o espacio configurado por señales) y topología (lectura de esas señales).

No es igual el medio urbano al rural, tampoco lo es un pueblo productor de alimentos a otro industrial, no es igual la universidad a la escuela primaria, ni será igual un salón de clases concebido y pensado para 30 alumnos al cual asisten 28, ni otro en idénticas condiciones, donde se aglomeran 70.

Un interlocutor que está en la vanguardia, el intelectual comprometido en la participación y el cambio debe "meterse" en la realidad. Al hacerlo no puede quedar flotando en la superficie. Su inmersión debe ser profunda, para que pueda descubrir los códigos dominantes; los modos de pro-

ducción; los horizontes ideológicos-culturales de los grupos sociales con los que va a trabajar.

Su inmersión no puede quedarse a nivel de las solas relaciones de clase. No podemos aceptar tal reduccionismo. Hay que alcanzar el estudio integral del medio, su ecología.

Es a partir de este conocimiento profundo que podemos plantearnos el proceso de comunicación-educación, tal como aquí lo estamos analizando.

Así como la ingeniería de alimentos, la energía, la agricultura —por sólo mencionar algunos ejemplos—, están buscando lo adecuado, la comunicación también debe buscar y encontrar lo adecuado.

Y, ¿cómo saber dónde y qué es lo adecuado? La realidad nos dará las respuestas en cada caso. Y muchas veces serán sorpresas.

Tal vez nos diga que la tecnología nos es necesaria; tal vez sin ninguna intermediación técnica el proceso de enseñanza-aprendizaje se enriquezca a partir de una comunicación distinta. Hay situaciones vivenciales como el teatro, los juegos de mesa o de representación, que logran cabalmente comunicar —educar, sin que haya mediado siquiera la presencia de un tornillo—. En ocasiones se necesitará justamente lo inverso. . .

Tal vez la realidad nos diga que debemos usar un medio alternativo. Lo importante es que lo busquemos, que hagamos la inmersión profunda en la realidad, para que no partamos de preconcepciones tales como: "la radio es lo mejor para América Latina, porque es más barata"... "la televisión sería idea si no fuera por su costo"... o el "videocassette es lo más activo"; sin preguntarnos, por ejemplo: ¿Qué capacidad de movilización tiene la radio? ¿cuánto cuesta realmente la televisión, ya que tanto se ocupan los administradores de nuestro beneficio?; o ¿por qué no crear, a partir de nuestras realidades históricas?

Las recetas no existen; cada situación es una experiencia inédita singular y como tal debemos vivirla; la repetición conspira contra la creatividad.

A modo de conclusión, quisiera retomar y reiterar las ideas centrales a las cuales me he referido:

1. La tecnología educativa no es más que parte de un proceso más general y abarcador que es el de educación-comunicación.
2. Este proceso de educación-comunicación, así como todos aquellos procesos en los que esté presente la comunicación, debe dejar de concebirse como simple flujo o transmisión de información. Deben ser verdaderos actos participativos, que se dan a partir de relaciones desiguales de clase, dentro de un determinado horizonte ideológico-cultural (también de clase) y propician la interpelación, la contestación e impugnación.

3. La utilización de la tecnología educativa, así como las características específicas de este acto de comunicación participativa, dependerán de la ecología de cada situación. Y estas relaciones generales que se den en cada situación sólo serán descubiertas a partir de una inmersión profunda en la realidad del educando, que deberá realizar el maestro, el intelectual esclarecido y comprometido con el cambio.
4. Sólo el uso de una comunicación adecuada a las representaciones simbólicas y materiales, a la visión general del mundo o ideología de cada grupo social, realizada ecológicamente y en condiciones de participación tal que permitan la interpretación, podrá ponernos a andar en el camino que nos conduzca a eliminar la dependencia.